



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

EL CAOS NO ES MÁS QUE EL HOMBRE¹

Hacia una definición de Ser Humano para la Organización

Óscar Darío Ortiz Velásquez
y Héctor Bermúdez Restrepo²

Como los mitos y las cosmologías, la ciencia parece tratar de *comprender* la naturaleza del mundo, la manera en que está organizado, el sitio que los hombres ocupan en él. Ilya Prigogine e Isabelle Stengers (1983: 8).

Resumen

Para confrontar aquella definición de ser humano influenciada por moralismos, muy común en la teoría administrativa, se propone hacer una que acepte que en lo humano orbitan simultánea y complementariamente el orden y el desorden, y que justamente allí reside un tipo particular y necesario de equilibrio. La idea principal de esta reflexión es que puede comprenderse al ser humano como una síntesis paradójica: una entidad igualmente caótica y cósmica. Para llevar a cabo tal caracterización, se ha privilegiado un lenguaje a partir de las polaridades explicativas apoyado en la noción platónico-hegeliana de la dialéctica.

Con una definición de ser humano diferente, probablemente puedan comprenderse mejor ciertas dinámicas propias de las organizaciones contemporáneas.

Palabras clave

Ser humano; Caos-cosmos; Orden-desorden. Organizaciones.

1. Introducción

¹ Por “Hombre” se entiende en este escrito al “ser humano” como categoría central de análisis en el puro sentido filosófico. Es decir, sin distinción de género ni de sexo. En este contexto hombre y mujer son *exactamente* lo mismo.

² Óscar Darío Ortiz es Psicólogo y Psicoanalista; Especialista en Análisis Político y del Estado; Maestría en Ciencias de la Administración. Héctor Bermúdez es Sociólogo Especialista en Desarrollo Humano; Magíster en Ciencias de la Administración y actualmente en estudios de doctorado en sociología. Ambos son profesores universitarios.

La vigésima segunda edición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, define la dialéctica como un “método de razonamiento desarrollado a partir de principios”, y explica que su etimología es del latín *dialectica*, y éste del griego *διαλεκτική*. Aparecen allí otros siete sentidos para la definición, sin embargo, nos apoyaremos únicamente —además del que se acaba de mencionar— en otros dos: aquél que declara que, desde el punto de vista filosófico, “en la doctrina platónica, [la dialéctica] es el proceso intelectual que permite llegar, a través del significado de las palabras, a las realidades trascendentales o ideas del mundo inteligible”, y el que menciona que en la tradición hegeliana, la dialéctica es el “proceso de transformación en el que dos opuestos, tesis y antítesis, se resuelven en una forma superior o síntesis”. Se utilizan estas dos definiciones para soportar la idea central del artículo: *el ser humano es una síntesis paradójica: una entidad simultáneamente caótica y cósmica*. Se quiere invitar a pensar en la complementariedad de los contrarios, en la *inclusión* presente en todo contraste y en la consecuente riqueza de los conjuntos gracias a las *diferencias* entre sus elementos. Pero para pensar esto es preciso hacerlo en el mejor sentido platónico de la dialéctica: a través del significado de las palabras procurar la búsqueda de las realidades trascendentales.

La visión moralista del hombre confunde si éste es bueno o malo, con aquello de que se comporta bien o mal. Es preciso entonces contextualizar. Podría entonces pensarse que el ser humano es una entidad en la que orbitan de manera simultánea el bien y el mal³. Estas dos calidades están incorporadas —existencialmente hablando— en él, son parte de su esencia, de su substancia. Sin embargo, y justamente por lo problemático de los conceptos bien y mal, se prefiere aquí pensar en nociones como orden y desorden, *cosmos* y *caos*.

2. Un gran sacrificio

Dicen los griegos que el caos dio origen al cosmos, y no al revés; y completa Nietzsche indicando que lo apolíneo ordena lo dionisiaco del sujeto⁴.

³ Se considera fundamental advertir que este tipo de análisis cargado de maniqueísmo y dualismo puede resultar desde el punto de vista teórico, bastante ingenuo, sin embargo, se utiliza aquí únicamente como apoyo didáctico para interpretar ciertas paradojas presentes en lo humano.

⁴ Puede verse por ejemplo: *La visión dionisiaca del Mundo* (publicado originalmente en 1870); o *El nacimiento de la tragedia* (1871). Ver bibliografía al final.

Entiéndase entonces, que el caos opera como la antítesis necesaria del orden desde el modelo mismo.

Pareciera que todo lo que vive el hombre está precedido por el orden — el lugar donde habita está construido desde una filosofía del abrazo, la norma es un medicamento para la angustia, los instrumentos unas prolongaciones de los órganos humanos, y muchas otras cosas que son sólo lenguaje cifrado de un grito que no se apaga—; si bien, a primera vista se aprecia allí cierto orden, el caos sigue su “loco” trabajo en los dinteles del abismo. Allí en el espacio de lo no nombrado, lo subjetivo seguirá en espera, por más fuerte que sea el trabajo de la cultura para dominar las marcas de su ser, su esencia perversa o *humana*, —como normalmente suele nombrarse—, ese pequeño caos que seguiremos siendo, trabajará subterráneamente a todo deseo moral, y en alguna de las facetas de su alma se dejará pesquisar. A pesar de ese aparente orden lo que realmente trabaja en su adentro es el desorden.

Ese mundo aparentemente lógico que llamamos *cultura* se ha construido realmente a partir de un gran sacrificio: lo más íntimo del sujeto, *su egoísmo*, debe “morir” para permitirle su lugar a la civilización, o sea al altruismo. Esa naturaleza ambivalente del hombre, que genera la lucha de todo sujeto, se oculta como logro de esa armonía. El caos continúa en el sótano para que el cosmos siga su reino a la luz. Hay un precio muy alto que pagar en el tránsito de sujeto individual a sujeto social: es necesario matar parte de *sí mismo* para no matar al *otro*⁵.

El hombre cree así haber logrado la supervivencia de la especie gracias a la civilización. Pareciera que lo logra cuando los individuos se instalan en aquel *orden* social particular que existe en cada colectivo. Pero no. La vida en común está igualmente determinada por el caos. La sociedad puede entenderse no únicamente como un tipo de orden sino también como una manera particular de *desorden*. Es la inteligencia humana la que ajusta, por asociación, los fenómenos que capta de ese caos exterior mediante la percepción, y los organiza para poder hacer su representación. Sin tal representación, la especie humana no sería viable. En resumen no es que la sociedad sea organizada, sino

⁵ Realmente este egoísmo no está muerto, está *reprimido*. Pero está puesto tan hondo y tan lejos que se hace inaccesible, y cuando repunta, parece irracional.

que su representación por excelencia: *la cultura*, es una construcción que a pesar de sus dinámicas complejas, aparece como una manera rigurosa de orden.

La antropología demuestra diariamente que jamás ha existido en ninguna cultura una armonía perpetua. Es justamente en estas tensiones — tanto al interior de cada sujeto, o de cada colectivo como en el contacto problemático entre éstos—, donde reside la dinámica social. Por la manera como el ser humano comprende su relación con la naturaleza, y con los demás, es que ha sido posible la conservación de la especie. Fue así como se erigió en el más poderoso de los depredadores pero será también por ello mismo que hará imposible su eternidad. De hecho sólo le queda de consuelo imaginar su alma inmortal.

Pero la naturaleza mantiene una lucha de fuerzas contrarias. Caos y Cosmos hacen el Uno de la naturaleza. G. Balandier (1988) en su libro *El Desorden* representa, por ejemplo, con el Zorro esta lucha. Éste como figura mítica o legendaria simboliza la naturaleza inculta, la soledad, la fiebre incestuosa, la insaciabilidad, la agitación y la obsesión de la reprobación, la muerte. En un mundo que no puede ser perfecto, pero donde el hombre se ha establecido por fin, el zorro mantiene una influencia perturbadora. Y con ello queda descubierto el carácter manifiesto no sólo del hombre sino de todo lo que existe.

3. La ciencia: ¿Orden o desorden?

Hay desorden cuando los elementos de un conjunto, formando parte de este conjunto, *se comportan como si no fueran parte*; introducen la contradicción; en cierta manera, cada uno realiza su juego para sí (Balandier, 1988: 44).

Si se sigue por ejemplo la línea de Bachelard (1951) y de Kuhn (1970), es indiscutible que actualmente se está asistiendo a un cambio de paradigma: los anteriores esquemas ya no son válidos para comprender los nuevos fenómenos. La ciencia en general ha sido interrogada y su tendencia de la totalidad deberá soportar la falla entrópica que surge desde las propias

explicaciones de la física; la perfección deberá acostumbrarse a la incertidumbre y ello porque la ciencia ha llegado a un mejor reconocimiento de la complejidad. “Ahora simplicidad y estabilidad se convierten en la excepción y no en la regla”, como lo afirma Balandier (Ibíd.: 57).

Cuando la mirada ya puede trascender la línea tradicional del pensamiento, observar el lado oscuro de las cosas, gana el pensamiento, y con él principalmente la ciencia. Toda búsqueda ahora será una nueva manera de interpretar el ser, el pensar, el sentir y el actuar; una nueva forma de abordar la realidad, a esto se le está denominando *complejidad* o pensamiento complejo y *teoría del Caos*.

Con el afianzamiento de las teorías de la complejidad se presenta un fenómeno muy interesante. Así como, por ejemplo, con la caída del Muro de Berlín⁶, lo que se precipitó a tierra fue mucho más que arena y cemento — puesto que con la destrucción del muro físico se impugnó todo un establecimiento simbólico—, así tal como esos ordenamientos políticos, sociales y económicos tienen que reorganizarse a escala planetaria, así también, las ciencias de la naturaleza y las ciencias del hombre⁷, que fueron escindidas paulatinamente y que terminaron con un abismo entre ellas con el culmen del positivismo, comienzan a romper estas brechas para dar paso a la transdisciplinariedad.

Las ciencias de la naturaleza, que se determinaban por su búsqueda de certezas, se acercan a las ciencias del hombre, a sus subjetivismos y sus incertidumbres, a las del desorden, a aquellas llamadas también ciencias blandas. Estas ciencias cuyo objeto es el hombre tienen una familiaridad con la complejidad desde la antigüedad, y muy concretamente en el esquema de pensamiento griego, que no recurrió a tales escisiones porque entendía que cuerpo y alma orbitaban simultáneamente. Heráclito y sus contemporáneos jonios, ya procuraban explicar la complejidad. Pero el modelo teocrático del

⁶ Se advierte que el ejemplo se utiliza únicamente como analogía, ya que no podría aceptarse el desplazamiento directo de una explicación de un acontecimiento histórico para una justificación del cambio de perspectivas epistemológicas. En este contexto, pudo utilizarse también por ejemplo, la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York, etc.

⁷ Como consecuencia del pensamiento positivista, algunos autores, en procura de la autonomía de sus objetos y problemas de estudio con respecto de las ciencias de la naturaleza, las nombran de diferentes maneras: Dilthey (2000) las llamó *ciencias del espíritu*, [*Geisteswissenschaften*], Weber (1965: 154) *ciencias de la cultura*, etc.

pensamiento judeocristiano, blindado por la escolástica medieval, obligó por siglos a un conocimiento orientado hacia la búsqueda de la certeza y las explicaciones de lo puro y lo perfecto.

Pero pensadores como Marx, Nietzsche y Freud, sembraron de nuevo la incertidumbre. Y sus sospechas, desde la ciencia blanda, y quizá justamente por ello, pudieron registrar sus propios “fractales” primero que la física: lo complejo del deseo humano.

4. Consideración final: Las organizaciones ¿Un tipo de desorden?

A manera de conclusión, aquí se insiste: individuo y sociedad es desorden y orden simultánea y consecutivamente. El individuo involucra el deseo la sociedad lo excluye, ello hace el orden o el desorden. Lo social coarta al deseo *libre*⁸, la cultura lo obstruye y finalmente lo mata, con la ternura por ejemplo.

Lo individual convive entonces con el desorden. La vida social es posible gracias a la articulación colectiva de seres humanos que no tienen conciencia de sus deseos justamente porque la cultura se ha encargado de coartarlos; seres humanos que a pesar de que casi nunca pueden ser concientes de su inusitada complejidad, comparten su vida en colectivos.

Este ejercicio de comprender al ser humano desde una perspectiva diferente, podría resultar útil, para los estudios organizacionales, porque la *empresa* es, hoy por hoy, entendida más desde las ilusiones de sus directivos y propietarios que desde las ciencias de lo humano. Estos y aquellos desean que sus organizaciones se comporten como una “gran familia”, o como un grupo que obedece sumiso la visión y la misión dictada por ellos. Pero además, son alentados por la corriente dominante del *management* que pretende haber encontrado las claves para que la empresa se comporte como ellos requieren.

⁸ He aquí una de las grandes paradojas de Hegel: El *deseo es libre como singularidad subjetiva*, pero es preciso regularlo frente a *lo universal social*. En sus “Principios sobre la filosofía del Derecho”, su idea era justamente la de sentar las bases de esta regulación, es decir: la *verdadera* ciencia del derecho. (Hegel, 2003: 109 y 142).

Pero la empresa no funciona así. Ella es una manera particular de representación organizada de la *caótica* vida social contemporánea, un “sistema estructurado de acción organizada” dirían Crozier y Friedberg (1977: 15). Pero *la acción es organizada por una lógica de representación humana, no porque ésta sea un orden natural*. La organización es un colectivo en el que habita un número de sujetos cohesionados bajo la lógica rigurosa de la masa. Una comunidad de seres humanos complejos, orbitando juntos al interior de otra dinámica también compleja.

Una teoría de la organización no podrá temerle al *desorden* del diseño natural y cultural, tendría que tener muy presente una concepción de ser humano como sujeto que para sumarse a la masa, tiene que obstruir lo íntimo de su complejidad para adherirse a aquella ley general de la empresa contemporánea que lo estandariza porque pretende ajustarlo a aquellas “maneras rigurosas de orden” presentes en la cultura, creyendo que así lo hace un buen sujeto social. Quizá si se aceptara más que el ser humano es *caos* y *cosmos* orbitando en una perenne contradicción, los teóricos de la organización y de la administración podrían hacer definiciones más acertadas. Así pues, para terminar, preferimos que sea Maffesoli (1985: 57) quien extienda su impecable invitación para que nadie se mortifique al *constatar que la existencia individual y colectiva es siempre ambivalente*, que “son siempre mezclas de intensidad y de banalidad, de efervescencia y de molestia, de aventura y de monotonía, de alegría y de infelicidad”.

BIBLIOGRAFÍA

- Bachelard, G. (1951). *L'activité rationaliste de la physique contemporaine*. Paris: Puf.
- Balandier, G. (1988). *El Desorden. La Teoría del Caos y las Ciencias Sociales*. Barcelona: Gedisa.
- Crozier, M., y Friedberg, E. (1977). *L'acteur et le système*. Paris: Du Seuil.
- Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española*. (22ª ed.). Madrid: Espasa.
- Dilthey, W. (2000). *Dos escritos sobre hermenéutica: el surgimiento de la hermenéutica y los Esbozos para una crítica de la razón histórica*. Madrid: Istmo.
- Hegel, F. (2003). *Principes de la philosophie du droit*. Paris: PUF-Quadrige.

- Kuhn, T. (1970). *La structure des révolutions scientifiques*. Paris: Flammarion.
- Maffesoli, M. (1985). *La connaissance ordinaire: précis de sociologie compréhensive*. Paris: Méridiens.
- Nietzsche, F. (2007). *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- ----- [1870]. *La visión dionisiaca del mundo*. Traducción. A. Sánchez Pascual. Alianza Editorial. Extraído el 9 de marzo de 2009 desde: http://www.nietzscheana.com.ar/la_vision_dionisiaca.htm
- Prigogine, I y Stengers, I. (1983). *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- Weber, M. (1965). *Essais sur la théorie de la science*. Paris: Plon.